



Los acontecimientos del 10 de marzo de 1972 tuvieron su origen en la reivindicación por parte de los obreros de la Bazán de un convenio colectivo de la factoría.

coaccionar a comerciantes para que cerraran sus establecimientos o romper alguna luna de escaparate. «No he visto ninguna luna rota en todo el sumario», dijo uno de los abogados defensores. Tampoco consta en el sumario ni una sola denuncia de un comerciante por coacción o por destrozos. Y es particularmente extraña la acusación de terrorismo que pesa sobre Julio Aneiros, que cayó gravísimamente herido en la manifestación, antes de que se produjeran los hechos «terroristas», o la que el fiscal hizo pesar, en sus conclusiones definitivas, sobre Loureiro, también representante sindical, al que le cambió la acusación de manifestación no pacífica por la de terrorismo, provocando lo que su abogado, Antonio Rato, calificó como de «indefensión». Loureiro, por otra parte, asegura que, después del incidente, acudió al hospital de la Caridad a donar sangre para los heridos, y que incluso acompañó a uno de los muertos, todavía moribundo, cuando lo trasladaron en una ambulancia a La Coruña.

La mayor parte de las acusaciones se basaron en informes policiales y en testimonios de los propios agentes de la BPS, así como en una declaración del acusado Rufino Corbato, uno de los que no pudo comparecer al juicio. Por otra parte, las alusiones a malos tratos fueron frecuentes en el juicio, aunque el presidente, Francisco Mateu, las cortara radicalmente, de la misma manera que cortó todos los intentos de los defensores de enjuiciar la actuación de la fuerza pública en la represión de la mani-

festación de la carretera de las Pías.

Unas setenta personas, entre procesados, familiares y amigos, se desplazaron desde El Ferrol a Madrid para asistir al juicio, que no tuvo una suficiente repercusión en la prensa nacional (salvo «Ya» e «Informaciones»), a pesar de la importancia que las trágicas circunstancias en que se produjeron los hechos debería darle. Observadores internacionales siguieron las sesiones.

«Jamás he realizado actividades terroristas. He ostentado cargos sindicales, elegido por el ciento por ciento de mis compañeros. Como tal he mantenido entrevistas con ministros, como Nieto Antúñez y Solís. En todo momento, he defendido los derechos de los trabajadores, he participado en asambleas y en páros laborales, como todos mis compañeros. Si esto es terrorismo, soy un terrorista y lo será toda mi vida». Estas palabras del acusado Rafael Pillado, al terminar el juicio, son ilustrativas del verdadero problema que subyace en este proceso: el de las limitaciones del representante sindical que quiere cumplir su cometido de forma auténtica y sin reservas. De la misma manera que el procesamiento, dentro de los 23, del abogado laboralista ferrolano Rafael Báez pone de manifiesto los riesgos de los letrados que se dedican a la defensa de los trabajadores. «Me pregunto si de lo que tendría que defender a Báez es de ser abogado», dijo su defensor. ■

(Más información en «Hemero-roteca».)

## MADRID

### Los artistas en el barrio

—Me habían dicho que los artistas iban a alegrarnos la vida con estas pinturas, pero yo, cuando vengo fastidiado del trabajo, no entiendo nada de esto.

Quizá el más importante de los hechos culturales que se han producido durante las fiestas del barrio madrileño de Portugalete (casitas modestas, molineras, algunos chalets, unos cinco mil habitantes) fue la discusión entre artistas y vecinos del barrio sobre el entendimiento del arte y la función de éste hoy y mañana. El coloquio se realizó en el descampado, cerca de los muelles que durante varios días habían realizado los artistas. Intervinieron en estos hechos: Aragoneses, Alcaín, Zamorano, Calabuig, Lucio Muñoz, Genovés, Arcadio Blasco, Bey, Victoria, Soria, Francisco Álvarez, Vento, Duarte, Cortina... Las pintadas interesaron realmente a los vecinos. Los niños intervinieron también. Preguntaban con insistencia sobre el significado de las pinturas, interpretaban los trabajos, se preocupaban por la «fama» de los artistas. Hubo también lecturas de poemas: Angel González, Caballero Bonald, Aurora de Albornoz, José Hierro, Antonio Leyva, Julián Marcos, Pedro Beltrán...

El coloquio entre vecinos y artistas —moderado por Arcadio Blasco— giró en torno a la accesibilidad del arte por el pueblo y los problemas culturales que plantea la actual división del trabajo. Algunos vecinos expresaron su incapacidad para entender el trabajo realizado por los artistas y manifestaron el deber que tiene el artista de hacer un arte para el pueblo. Respondían los artistas: al pueblo no se le prepara para entender el arte, para tener acceso al hecho artístico. Ciertos vecinos subrayaron la importancia social de la iniciativa de los artistas en el barrio, ya que, al margen del problema de la comprensión de la obra realizada, el hecho de haberlo intentado había significado un apoyo a la comunidad de Portugalete. Fue perfilándose la conclusión a través de formulaciones de este tipo: La sociedad española vive en compartimientos estancos, los artistas viven y desarrollan su actividad en un mundo propio y para unas clases sociales; la razón de esta incomunicación no es imputable a unos o a otros, sino a la forma de estar estructurada nuestra sociedad; sólo una transformación de esta puede permitir la fusión del artista con el pueblo. En esta situación, intentar someter la práctica artística a unos cánones de inteligibilidad para que fuera comprendida por todos, podría significar la paralización del arte. La salida pareció obtener el consenso: no se trata de «descender» al nivel de una determinada preparación cultural del pueblo, sino de elevar el nivel cultural del mismo.

Un vecino dijo, a propósito de poesía: «A Antonio Machado y a Miguel Hernández si que los entendemos, porque vienen del pueblo y escriben para el pueblo, pero a Rubén Darío, no, parece que está hueco y escribió para la burguesía».

Pero había quedado clavada aquella frase del obrero: «El arte no puede alegrarme cuando vengo cansado del trabajo». Nos comentaría después Angel González: «Debimos aclarar alguno que, de todas formas, la función del arte no es alegrar la vida».



El coloquio entre artistas y vecinos del barrio de Portugalete giró en torno a la accesibilidad del arte por el pueblo y los problemas culturales que plantea la división del trabajo.